

PRÓXIMO NÚMERO:
EXTRAORDINARIO
Sábado, 30 de Mayo

SECRETOS

(EL DIARIO DE MI VIDA)

de la Firts National Attraction

La más reciente producción de
la bella y famosísima estrella
NORMA TALMADGE

Película donde la eximia actriz aparece bajo
cuatro aspectos distintos y que por su sen-
timentalidad llegará al fondo de todos los
corazones femeninos.

Lujosa presentación -- Portada a bicolor
64 páginas — 20 ilustraciones fotográficas

Postal-fotografía-regalo: **VERA REYNOLDS**

Precio excepcional: 50 céntimos

No deje usted de comprar el mismo sábado, día 30
del corriente, este precioso número extraordinario.

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 154

25 cts.



¡PASO
AL AMOR!

por
Dolly Davis
FilmoTeca
de Catalunya



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 154

¡PASO AL AMOR!

(CLAUDINE ET LE ~~GRAND~~ POUSSIN, 1924)

Comedia sentimental, interpretada por la
gentil artista

DOLLY DAVIS, PIERRE BARTCHEFF
GILBERT DALILEU, PAUL JORGE & MAX LEREL

FILMS MARCEL MANCHEZ *

EXCLUSIVA DE
PROCINE, S. A.

Consejo de Ciento, 332 — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CONRAD NAGEL





¡Paso al amor!

Argumento de la película de dicho título

*Canta el mundo al amor
Sus más bellas canciones;
Nadie rehuye al buen trovador
Que rinde los corazones.*

Es la inexorable ley de la vida. Todas las fuerzas se doblegan a los pies del travieso niño. Sin lucha, sin resistencia, una mirada suya aniquila. ¡Salve al héroe de nuestras existencias; salve al dios de la felicidad!

*
* *

Como en los cuentos de hadas, aludimos a un castillo.

Este se encuentra en un villorrio de la poé-

tica región noroeste de la encantadora Francia: la Baja Normandía.

Sus muros seculares siguen siendo resignados testigos de la austera vida de los condes de Puygiron.

Envueltos seres y cosas en la milenaria somnolencia de la finca, diríase que nadie la habita.

La agitación material de los que en el castillo se cobijan, se sujeta rigurosamente, rutinariamente, a un método hereditario.

La severidad del edificio, que mira hostilmente a la bella y pródiga campiña, sobrecoge de malestar al caminante...

Ni aun el parque que rodea la hacienda, consigue invitar a detenerse al curioso peregrino...

El canto de los hijos de las ramas, el murmullo de las frondas, ni el rumor cantarino de las copiosas fuentes, dan, como en otras partes, la nota alegre que anima...

Aparentemente todo está tranquilo; pero en el fondo hay un enorme vacío en las almas...

Son las ocho de la mañana.

Una cabeza canosa, de la que es legítimo propietario un sesentón que conoce el campo al dedillo y ha aprendido a trabajar con la misma calma que la yunta de bueyes de que fuera tirano en sus años mozos, cuando su padre aun era de este mundo, se asoma por una ventana, de la que acaba de abrir los postigos, al jardín.

Cuarenta años atrás empezó a hacer lo mismo.

No es de extrañar que ahora efectúe esa operación con los ojos cerrados.

El nuevo día salud al sexagenario cubriéndolo de su purificadora luz.

Una a una, van abriéndose las demás ventanas de las habitaciones ocupadas o de uso diario.

Este que otea el tiempo es el abate Pantois, un santo con sotana y enemigo acérrimo de perder la tranquilidad de que disfruta en el castillo.

Y ahora, saluden ustedes: tenemos el kilométrico—en altura—honor de presentarles a la señora condesa de Puygiron, viuda de su “difunto marido”, el conde.

El trío a que nos hemos referido se ha levantado más temprano de las ocho, pero no da nunca señal de vida hasta esa hora. Es una costumbre sagrada... desde que vino al mundo Claudio de Puygiron.

El muchacho, que como todos se vió en pañales, tiene ya veinte años, aunque su madre no quiera creerlo para seguir haciéndose la ilusión de que todavía lo mece en sus brazos para que se duerma sin chillar.

De modo que, como a Claudio le conviene descansar, que para los niños el dormir es como el comer, no se quiebra el silencio del hogar hasta las ocho de la mañana.

A esa hora, la condesa y el abate, que es el

preceptor de Claudio, van a darle los buenos días al heredero del condado, después de que Honorato, el buen viejo de referencia, mayordomo y cocinero y camarero del castillo, le ha servido en una bandeja de plata cincelada el desayuno.

—¿Has descansado, hijo mío?—suele ser la sempiterna canción de la condesa.

En tanto, el abate, tierno como una mantecada, sonríe...

Claudio se desayuna en la cama, luego se viste, y a continuación empieza su horario de “trabajo”.

Primero un paseo, con su mamá y el cura, ocupándose en camino de la botánica. Su fuerte es descubrir el tomillo... y hasta se lo come, todas las noches, en sopa.

Después de ventilar el espíritu y de perfumarlo con las flores del campo, a guisa de colonia de Gal, Claudio se sumerge en los profundos estudios de la física y la química, y del latón pasa al latín, hasta la hora del almuerzo.

Sigue la siesta, sin entusiasmo, bochornosa como el ambiente sin ilusiones...

A media tarde, cambia el disco.

A la hora del te se reúnen en los salones de la condesa algunos vecinos.

Invariablemente, éstos son: la esposa del notario, que es un hombre bajito y popular en el villorrio porque usa unas gafas de concha de media cana de diámetro, para que no escape nada a su “pupila”; la señora del juez,

que todo lo arregla, menos el varillaje de los paraguas; un comandante jubilado, más trolista que un escritor de biografías de artistas del cine, y, finalmente, el doctor Huchois.

Este, muy amigo de la casa, a pesar de que "mató", sin querer, al conde, y que está dispuesto en conciencia a "matar" a la condesa y a quien se presente al caso, es el más sensato de todos.

Para probar lo que afirmamos bastará repetir lo que él le dice a la condesa, mientras la esposa del notario canta como un batracio la romanza de Ninón.

Me llaman Ninón y tuve ayer quince abriles...

—¡Santo Dios, señora condesa, qué voz tiene esa dama! ¡Tenga usted en cuenta que yo vine sin mi chubasquero!

—No es que tenga buenas facultades, en verdad, pero para distraer a Claudio...—responde la castellana.

—¡Ah! ¿pero usted cree que su hijo encuentra eso bien? No sea usted tan crédula, amiga mía... Claudio no es ya un chiquillo... Debe de consumirse entre tanta gravedad... A la juventud no hay que proporcionarle canciones como esas ni compañías tan... tan extemporáneas...

Desde aquel día, la condesa cambia el programa diario de su hijo, añadiendo al mismo otras diversiones en lugar de la reunión.

Dicho cambio consiste en una hora de ejer-

cicio de tiro al blanco. Le están vedados los pichones. Para pichón se basta él.

Además, se le ha permitido que conozca el placer de la pesca con caña.

Todo eso resulta muy divertido, según criterio de la condesa y del abate, y Claudio no sabe descifrar si es él el equivocado no encontrando gusto en ello, o sus "superiores" al empeñarse en ponderarle las excelencias de esos deportes.

La pesca tiene, como algunos saben, días de todo: buenos, medianos y malísimos.

A Claudio, que sólo conoce los días aburridos, se le presenta al fin uno espléndido: hace un momento que está viendo al otro lado de la ribera una lavandera joven y muy corta de saya. ¡Si él pudiera pescar eso!

Pero la visión dura poco, pues el abate, que es un lince en materia de perseguir al diablo, se apercibe a poco del pescado hacia el que se va la caña de Claudio.

—Haga usted el favor de apartar la vista de esa muchacha. Hay que saber guardar las formas... y su seriedad, Claudio, le prohíbe la menor familiaridad con estas pícaras campesinas.

Sin embargo, las piernas, al descubierto hasta el tobillo, de la lavandera, son como imán que atraen los ojos de Claudio, y el palomino murmura para sí:

—Esa sí que sabe enseñar las formas...

Es un poco distinto de lo que le ha dicho antes el abate.

*
* *

Todo llega en este valle de lágrimas.

Por eso había de llegar para Claudio un día más animado que los otros.

Vedle, cosido a la falda de su madre, contemplando el tranquilo sueño del abate, cuando de pronto, procedente de la carretera, se oye un alarmante ruido.

Claudio ojea el camino desde la verja del castillo, y, al darse cuenta de lo que se trata, sale fuera, gritando a aquéllos que le sigan.

—¿Qué pasa, qué pasa?—pregunta, asustado, el inofensivo cura.

Pronto lo sabe, y se tapa la vista para no verlo todo de una vez.

Seamos lacónicos y gráficos:

Dos piernas, que para ellas quisieran las artistas de revistas extranjeras “fabricadas” en España, que las hay que se las “dejan” en casa, penden de la ventanilla de un “auto” volcado de costado.

Pujemos de esos dos pedestales hacia nosotros y vamos a caer de espaldas. ¡Ya está! ¡Cielos, qué busto sostienen esos pilares!

La aparecida es una ninfa caída del Olimpo.

Claudio no se cansa de comérsela con los ojos. Está tomando el chico tal aperitivo, que no va a acabársele nunca el apetito. ¡Escondan ustedes el pan!

Honorato, que también ha acudido a auxiliar al prójimo, que por ahora no es más que una prójima, se queda embabiecado ante aquella “cosa” tan linda.

—¡Ay, pobre de mí!—exclama la desconocida—. ¿Dónde está mi amor?

¿Quién será el “amor” de esa señorita?, se preguntan unos a otros, estupefactos.

—¡Ah, helo aquí! ¡Oh, mi Cocó!

¿No adivinan ustedes quién es Cocó?

Pues Cocó es... Cocó, el perrito faldero de la locuela señorita del “auto”.

En este caso, llevan razón los que atribuyen “perrerías” al amor. ¿Qué podía esperarse de un “amor perro”?

Salvada ya esa pareja, otra cabeza aparece.

Apaguen las luces... porque la dueña de ese principio de “monumento” es una tía... una tía de la simpática señorita, señorita a su vez.

pero una señorita vieja, nerviosa y digna de que se la ponga en conserva, por si gana con el tiempo. Así, sin su tía, la vida le resultaría más económica a la sobrina. Los "americanos" "semos" prácticos.

Finalmente, sale "a flote" el tercer viajero. Es el "chauffeur".

En general, el vuleo del coche no ha tenido más importante consecuencia que algún cardenal en los respectivos cuerpos de la señorita y del "chauffeur", y, lo más deplorable, un agudo ataque de nervios de la tía, a quien los Puygiron, cumpliendo con la ley de la hospitalidad, hacen conducir a una habitación del castillo para darle asistencia médica.

Claudio da gracias a Dios por la aventura que empieza a desentumecer los miembros del castillo todo, ya que por sí sola la señorita—a quien ya es hora de presentar: Claudina Miraflores, solterita, muy merecedora del matrimonio con uno con pesetas—, era capaz de decidir la guerra europea, si se hubieran requerido sus servicios.

Ya puesta en la cama la tía, que se llama Camelancia, aunque nadie la camela, la condesa, muy disgustada por haber tenido que recibir en su morada a aquellas desconocidas, lo propio que el abate y Honorato, escribe al doctor Huchois lo que sigue:

Querido doctor:

Un accidente me obliga a socorrer a una señora muy poco agradable, ¡figúrese que se

pinta!, pero que necesita de sus cuidados. Venga con la mayor urgencia con su maletín.

Amelia de Puygiron.

El médico no se hace esperar, y todos están pendientes de su diagnóstico, deseando la condesa y el abate y Honorato, que tuvo que ir al pueblo en busca del galeno bajo una ducha de sol poco recomendable, que no sea nada.

—¿Qué tiene usted, señora?—le pregunta el doctor a la tía Camelancia.

—No lo sé... Eso le toca a usted saberlo— responde "naturalmente" la enferma.

El médico "husmea" y, a poco, pronuncia:

—Comoción cerebral bastante seria... Mucha vigilancia... mucho reposo... mucha tranquilidad.

—¿Y buenos alimentos?—añade la tía.

—Nada de eso, señora. Dieta absoluta. Agua litiada... Sellos de quinina...

La tía Camelancia pone una cara de pocos amigos, pero se guarda para sí lo que quisiera decirle al doctor.

Claudina, que lo comprende, se ríe por dentro.

Y pasa una noche.

La debilidad no ha dejado dormir a pierna suelta, como de costumbre, a la tía, pero la sobrina no se ha despertado en toda la noche... ni su perro tampoco.

Apenas Claudina entra en la habitación donde descansa su parienta, para preguntarle

cómo se encuentra, ésta le dispara la hambrienta petición siguiente:

—Tráeme galletas con vino... caldo... pollo o pavo... o lo que sea... pero tráeme algo consistente...

—Espera un poco, tía. Voy a buscar al viejo doméstico.

Así lo hace Claudina, pero como se ha levantado antes de las ocho, no encuentra a Honorato por ninguna parte.

Dejando correr su fantasía y sus piernas, Claudina se dirige al jardín y en él se divierte con su perro.

A la hora habitual se abren los postigos de las ventanas, y el mayordomo es testigo de las excentricidades de la intrusa.

—¿A qué hora se toma aquí el desayuno?— pregúntale ella.

—Eso sí que no se lo puedo decir... porque yo hago lo que me manda mi señorita.

—¡Estúpido!—murmura Claudina.

Luego es Claudio quien ve a Claudina... pero como el cura, desde arriba, no "duerme" es preciso retirarse...

De vuelta Claudina a la cabecera de su tía, que se muere de gana de comer, le repite la contestación que le acaba de dar el criado, y la pobre señora promete un cirio a la patrona de los famélicos, para que acuda en su ayuda.

Y, como si su deseo hubiese sido atendido en las alturas, aparece Honorato con una bandeja.

Pero su contenido no es más que el mismo del día anterior: agua litinada... sello de quinina... y un paquete... de palillos.

Como la tía se había figurado darse un atracón de manjares, pone el grito en el cielo al ver aquella miseria para su estómago vacío.

Alarmado, Honorato le cuenta a la condesa la escena del hambre de la tía, y, en previsión de mayores barbaridades, aquélla manda al criado a casa del doctor con esta carta:

¡Querido amigo, socorro! La vieja cotorra que tengo en casa, se ha vuelto loca. ¡Venga!

Y el bueno de Honorato quítase el delantal de servicio y, tris, tras, se encamina hacia el pueblo. ¡Menudo paseíto, *ché*, a caballo de sus piernas!

Una hora después, mientras el médico ausculta a la supuesta demente, Claudina, queriéndolo o sin querer, o las dos cosas a un mismo tiempo, encuéntrase frente a frente con Claudio, en el gabinete de trabajo de la condesa.

Claudio abre desmesuradamente los ojos al sentirse cerca de una mujer tan bonita como Claudina, y a solas con ella.

Claudina le ayuda a salir del "paso".

—¿Cómo se llama usted?

—¿Yo?... Claudio.

—Pues yo... Claudina.

—¡Qué casualidad!

—Sí, ¿verdad? Su nombre me gusta mucho.

—A mí también el suyo.

Claudina le sonríe... El, ignorante de si esa sonrisa es burla o simpatía, se ruboriza ligeramente y aparta su vista de la encantadora joven.

—No parece usted muy feliz—prosigue ella.

—Lo soy... y no lo soy, señorita...

—No ha viajado usted mucho,   verdad?

—Nunca... Jamás levant  el vuelo de esta tranquila campiña.

Pausa. Contemplación de Claudina a Claudio.

—  Qué niño es!—dice ella para sus adentros.

—  Qué bonita!—murm rase él.

De súbito, Claudina se oculta debajo de la mesa-despacho, para que los que con sus voces anuncian su llegada, no la sorprendan all  con Claudio.

Esos son la condesa y el abate.

Claudio, que finge leer, oye perfectamente lo que dicen aquéllos.

—Menos mal que esa gente se marchará mañana. Según el doctor, esa vieja se encontrará dispuesta a reemprender el viaje después de otra noche de reposo.

De nuevo a solas Claudio y Claudina, el condesito, que se ha recobrado poco a poco, le expresa a la segunda su pesar por su partida al día siguiente.

—  Tan pronto se marcharán?

—  Pero de veras le disgusta a usted que nos vayamos? Es usted muy amable.

—Vivo tan aburrido, señorita... y es usted tan alegre...

—  Bah!   Qué poco se acordará usted de mí!...

—Estoy seguro de lo contrario.

—Tampoco yo le olvidar  del todo.

—Muchas gracias...

Otro silencio... pesado...

—Con su permiso, señor conde... Voy a ver a mi tía.

Claudio sigue a Claudina con los ojos, y cuando ella desaparece, sigue viéndola aún con el pensamiento. Es la primera vez que se olvida de sus libros de texto para pensar en otra materia más profunda...

La tía Camelancia celebra ante Claudina la noticia del doctor de que al día siguiente podrán marcharse... y comer a sus anchas, pero es interrumpida por su sobrina, que le dice:

—  Te molestaría mucho que te pidiese que sigas un día o dos más en cama?

—  Cómo?

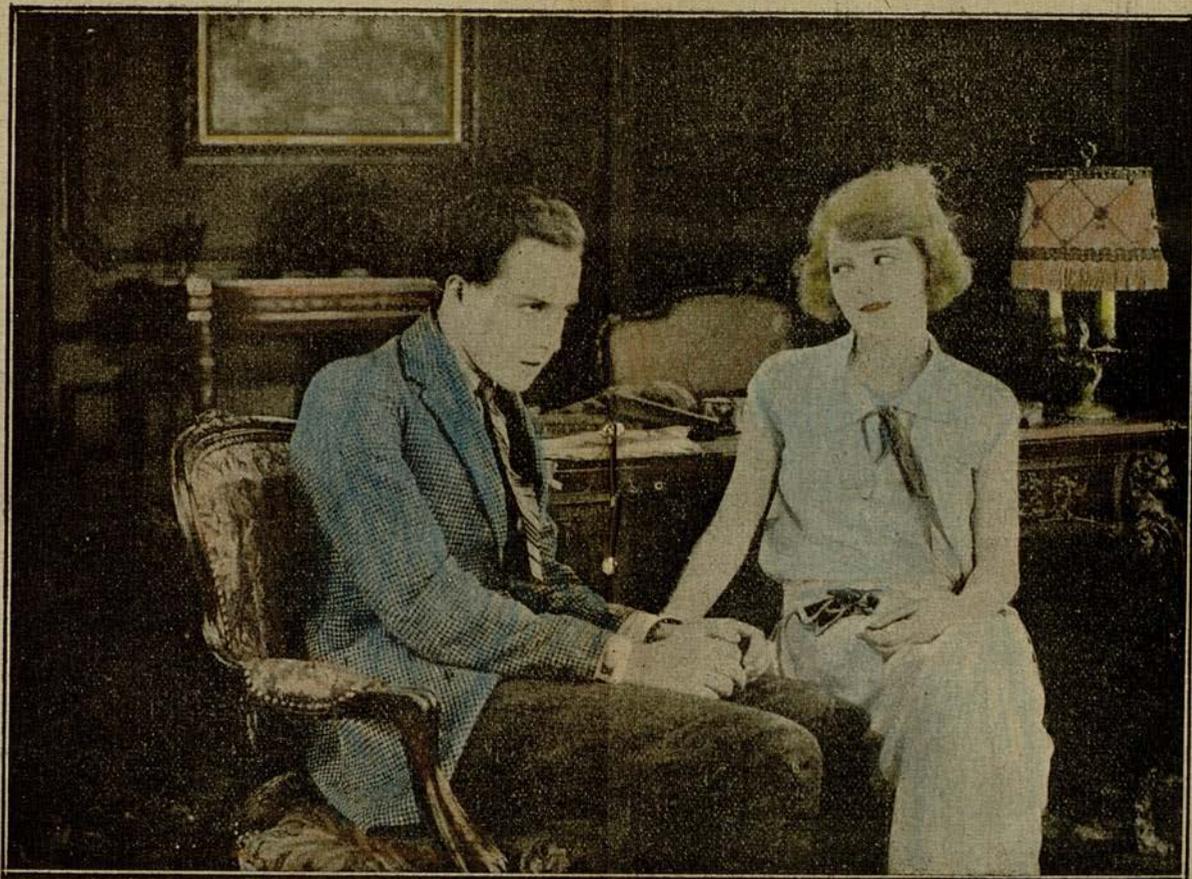
—El condesito es muy inexperto, casi tonto... pero es tan simpático, tía...

—  Ah!   Esas tenemos?... No seas necia... Perder s el tiempo... Lo mejor es tomar las de Villadiego cuanto antes... Cr eme a mí.

—Hazlo por complacer un capricho mío tía...

—Es que...

—No protestes. Aceptas,   verdad?



—No ha viajado usted mucho, ¿verdad?

—Nunca... Jamás levanté el vuelo de esta tranquila campiña.

—Mas ¿de qué manera justificar mi “recaída”?

—Yo me encargo de ello.

Y, por la noche, la señora condesa se entera, por Claudina, de que su tía Camelancia se ha agravado notablemente.

—Esta es la temperatura de mi tía. Vea usted el termómetro—le dice la joven, a poco de haber bañado el mismo en agua caliente.

—¡Cuarenta grados! ¡Oh, esto es grave! Mire usted, señor abate.

—¡Gravísimo! Es necesario avisar con toda urgencia al doctor.

—En seguida. Honorato, vístete para ir al pueblo.

El viejo mayordomo, harto de caminar, de sol y de trabajo, se declara en huelga.

—No puedo más, señora condesa. Prefiero que me dé la cuenta, antes que ir otra vez a ver al doctor.

—¡Qué ingratitud, Honorato, después de cuarenta años de tenerle a nuestro servicio!

—¡Pero, señora condesa, yo no bebo gasolina para correr tanto!

—Cuanto más difícil es el cumplimiento del deber, más cerca está la gracia de Dios—interviene el abate.

Y el pobre Honorato se cala la gorra hasta las orejas y, tris, tras, hacia el pueblo.

Una hora aproximadamente después, reaparece el médico, que no sabe encontrarle a la

enferma la alarmante fiebre anunciada por Honorato, por orden de la condesa.

Desconcertado, el doctor repite que se respete, hasta nueva orden, rigurosamente, la dieta que dictara la primera vez.

Afortunadamente para su plan, Claudina consigue apoderarse, en la cocina, de algunos



Por la noche, Claudina está muy pensativa.

bocados, para llevárselos a su tía, y satisfacer en parte su hambre leonina.

Por la noche, Claudina está muy pensativa. Advirtiéndolo, su tía le pregunta la causa de su melancolía.

—Pienso en alguien que no se te parece en nada a ti—le responde ella.

—En el condesito, ¿eh? Esto me parece que se va poniendo trágico. Sigue mi consejo, no seas tonta. Vámonos mañana mismo.

—No, tía, no... Espera...

Por su parte, Claudio cerraba los ojos para ver mejor a Claudina...

∴

Al día siguiente, como respondiendo a un acuerdo tácito, Claudina espera en el jardín que se abran los postigos de la ventana de Claudio, y éste no tarda en asomarse y verla.

—¿Ha descansado usted, señor conde?—se interesa ella.

—He soñado toda la noche con usted. ¡Es usted tan bonita!

—Muy fino... pero no lo creo.

—No hay más que mirar mi cara para adivinar que sigo aún soñando con usted.

—Muy amable.

—¿Quiere usted que demos un paseo?



—No hay más que mirar mi cara para adivinar que sigo aún soñando con usted.

—¿Y... si nos ven?

—Es temprano... La casa duerme...

—Por mí...

Claudio salta al jardín, y conduce a Claudina lo más lejos posible del castillo, junto al río.

Claudina aprovecha el agua para hacer diabluras con su perrito, y Claudio tiene ocasión de verle las piernas, encantadoras aun desnudas, al sumergirlas ella en el líquido donde



Claudina aprovecha el agua para hacer diabluras con su perrito...

baña a Cocó.

A las ocho, como de ordinario, la casa se despierta. Advertida la ausencia de Claudio, el abate sale al jardín en su busca, y grita su nombre a todos los ecos.

Mientras, muy cerea el uno del otro, Claudina y Claudio tejen un tierno idilio:

—¿Cuándo deciden ustedes marcharse? Su “auto” está casi reparado, y aunque he oído que no da usted prisa al “chauffeur” para que lo tenga preparado para hoy... mañana puede ser que esté listo...

—No sé, señor conde... Tal vez esta misma noche... tal vez mañana...

—¿Y... no la veré a usted nunca más?

—¿Quién sabe!

—¡Claudio!—grita, casi junto a ellos, la voz del abate.

Claudina se separa de Claudio, para que el cura no los sorprenda a los dos, y por su parte el condesito finge distraerse pescando con caña.

—Buenos días, señor conde... Menudo paseo me hizo usted dar tan de mañana. Lejos estaba yo de pensar que le había usted tomado tanto cariño a la pesca. ¡Ay!, déjeme descansar un ratito.

Siéntase el abate sobre la yerba, y Carlos, que, de soslayo, mira hacia donde ha desaparecido Claudina, ve caer cerca suyo un papequito, en el que, sin que se entere el cura, lee lo siguiente:

Estoy cerca de usted. ¿No vendrá usted a reunirse con su Claudina?

Sigilosamente, Claudio se separa del abate, y, al encontrar de nuevo a Claudina, la estre-

cha con loco frenesí entre sus brazos, en los que ella se abandona.

—¡Oh, Claudina, no quiero que usted se marche!

—Es preciso, Claudio... Nuestro amor es un imposible.

—¡No! ¡Yo la seguiré a todas partes! ¡Yo no puedo vivir sin usted! ¡Ya no podría resignarme a mi vida de ayer! ¡Lléveme con usted!

—No, Claudio. Usted no sabe quién soy.

—¡No importa!

—Valgo poca cosa. Mi pobreza se defiende en las tablas de los teatros de variedades.

—¡Todo me es igual! ¡Yo la quiero! ¡Yo la adoro! ¡Es usted buena, y eso me basta!

—Claudio, por favor...

—¿Si tú también me amas, por qué me haces sufrir?

Y no pudo Claudina resistirse a que sus labios desfloraran su íntima pureza en los de Claudio...

Aquí, enterado de todo por el papelito que le arrojara a Claudio Claudina, que se le cayó al conde, el abate sorprende a los enamorados. Su mirada severa se clava en Claudio, a quien invita a seguirle.

Mas Claudina, inculcando en el joven el derecho que le corresponde como hombre, le retiene a su lado con sus brazos.

El abate, abatido, se apresura a poner al corriente de lo que pasa a la condesa, y en

tanto, Claudio y Claudina, en la habitación del primero, se preparan para la fuga que el condesito ha concertado sin hacer caso de la resistencia ni advertencias de Claudina.

—No hagas eso, Claudio... no lo hagas... Piensa en tu madre, que adora en ti... en el disgusto mortal que le darías...—le había dicho ella.

Pero Claudio no escuchaba más que su corazón.

De pronto, enterada de todo, aparece ante su hijo la señora condesa.

—Señorita, haga el favor de retirarse y de marcharse cuanto antes con su tía...—dícele a Claudina.

Claudio quiere oponerse a que Claudina obedezca a su madre; sin embargo, la joven, que comprende el mal que la inexperiencia de Claudio puede causar a todos, se resigna a dejárselo a su madre.

Claudio, atado por los brazos maternos, llora silenciosamente...

—Ya hablaremos, hijo mío... ya hablaremos... ¿Es posible que quisieras abandonar a tu madre?

Claudina también lloraba...

Y aquella misma noche, sin más protesta por parte de la tía Camelancia que la que se merecía el "daño" causado a su sobrina, abandona el castillo el amor...



Un mes después, ni Claudio ni Claudina han podido olvidarse.

El conde espera todos los días el paso del cartero, sin que llegue nada para él.

Hasta que un día, Claudina se decide, deseosa de recibir noticias suyas, a escribir a Claudio la siguiente carta:

Querido Claudio:

No puedo resistir más al deseo de escribirte. Estoy triste, y no quisiera estarlo. Pienso en tí, y no lo quisiera.

Procuro divertirme, bailar, cantar, aturdirme, para olvidar que el amor pasó por mi vida... para no volver.

Sé que has llorado mucho. Eres bueno. Yo, sin serlo como tú, muchas noches no he podido conciliar el sueño.

Pero eso pasará... pronto no nos acordaremos más el uno del otro, y... como si nada.

La vida no es más que una cuestión de momento.

Haz como yo, Claudio. ¡Ríe, ríe, ríe!...

Y aquella carta es terminada y firmada con lágrimas...



—Ya hablaremos, hijo mio... ya hablaremos...

Claudio la recibe, de regreso del ejercicio de tiro al blanco, y le produce tanta tristeza

el fondo de la misma, que prorrumpe en sollozos.

La señora condesa entra casualmente en el cuarto de su hijo, y su espanto es para no descrito al verle adormecido con la cabeza apoyada en la mesa de trabajo y una mano puesta sobre el gatillo del fusil que el joven dejara



...Claudina se decide, deseosa de recibir noticias suyas, a escribir a Claudio...

encima de dicha mesa.

Las apariencias hacen comprender a la señora condesa que la tristeza puede hacer cometer a Claudio una locura, y se apresta a no perderle de vista de aquel día en adelante.

Pero Claudio ya no puede vivir ni con el recuerdo y enferma.

El doctor, requerido urgentemente, declara la verdad a la egoísta madre:

—Su dolencia es moral, señora condesa. Su hijo se muere en el encierro en que usted le tiene. Claudio no es un niño... Sus alas de



...y una mano puesta sobre el gatillo del fusil...

hombre pugnan por volar al lado de quien le llama. Abrale la jaula... El sol se hizo para todos, señora condesa.

—De lo contrario, usted cree, doctor...

—Es irremediable... Si conoce usted el re-

medio, déselo en seguida, si no quiere ver extinguirse lentamente a Claudio...

Alarmada, la prejuiciosa condesa consulta el caso con el abate, y ambos llegan a la conclusión de que es preferible para la condesa renunciar a la exclusividad del cariño de su enamorado hijo, a perderlo definitivamente en brazos de la melancolía o de la muerte.

Y, en un momento de lucidez, le dice a Claudio su madre:

—Hijo mío, he comprendido. Ya eres un hombre. Ve hacia la vida, sé feliz... ve a buscar a Claudina.

—¡Oh, madre!—agradece él.

Y, unos días después, la verja del castillo se abrió al soplo del aliento de la pareja dichosa, y murmuraban las frondas: ¡Paso al Amor!

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura militar.

PRÓXIMO NÚMERO:
EXTRAORDINARIO — Sábado, 30 de mayo
La grandiosa novela

SECRETOS

(EL DIARIO DE MI VIDA)

Interpretación sublime de la inimitable artista
NORMA TALMADGE

Película dedicada a todas las esposas del mundo y especialmente a aquellas que, poseyendo el gran SECRETO de la felicidad conyugal, han sabido amar abnegadamente a sus maridos, saboreando en la intimidad sus buenas cualidades y sufriendo con dulce resignación sus defectos.

Portada a bicolor.

Profusión de fotografías. — 64 páginas de texto.

Postal - fotografía - regalo: VERA REYNOLDS

Esta novela debe ser leída por todos: hombres y mujeres, indistintamente.

¡Una de las más grandiosas novelas del año!
¡Leerla será recomendarla a los parientes y amigos!

Precio popular excepcional: 50 céntimos

Recuerde y pida en todos los puestos de libros:
SECRETOS (el diario de mi vida)

Compre Vd. el mismo SÁBADO, DÍA 30 DEL
CORRIENTE MES, esta preciosa novela.

NO DEJE USTED DE LEER

el 13.º libro de la BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

PARIS...!!

Precioso cinedrama moderno que refleja, a través de un bellissimo asunto sentimental, la vida de París en todos sus aspectos.

Admirable creación de los eminentes artistas
HENRY KRAUSS, PIERRE MAG-
NIER, LOUIS ALLIBERT, GASTON
JACQUET, MLES. DOLLY DAVIS,
FORZANE, MARIE BELL, etc.

Lujosa presentación.—Portada a bicolor.—128
páginas de texto.—Profusión de fotografías

Precio popular: UNA PESETA